

Crónica del convento de Nuestra Señora de las Nieves Santa Brígida de México

Josefina Muriel (edición e introducción histórica)
Anne Sofie Sifvert (advertencia y versión paleográfica)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

272 + [XII] p.

Ilustraciones

(Serie Documental 24)

ISBN 968-36-8968-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/384/cronica_convento.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



no se avia visto otra vez en el mes de septiembre, por ser en la fuerza de las aguas, que destruyen las rosas de Castilla. Y aunque en nuestra guerta se han visto rara vez en henero y febrero, ha sido una o dos, por lo que admiradas de lo que parese mas que casualidad, dejamos a la piedad de quien lo leyere su difinicion. Pues solo pretendemos dar a la posteridad alguna notizia de sus virtudes, de las que les se ha referido la menor parte, con arto sentimiento nuestro que quisieramos esplallarnos, espesificando cada una de por si, para que nuestras benideras alentadas con tan raros exempos aspiren a su himitacion.

Y porque su Reverenda (por su grande humildad) no consintio que la retratara el pinsel, aunque se hizieron los mayores esfuerzos para persuadirselo, suplira esta falta lo tosco de la pluma, terminando sus borrones con el diseño de su fisionomia:

Fue su Reverenda de estatura proporcionada, abultada de carnes, el rostro redondo, el senblante modesto con afavilidad, el color blanco y rosado, la frente espaciosa, las sejas poco pobladas, y entre una y otra una rosa encarnada. Y sobre la ysquierda la señal de la herida que siendo niña se dio rodando la escalera, los ojos garzos vivos y hermosos, la nariz derecha y bien proporcionada, la boca mediana, los lavios de carmin, la barba partida que le agrasiaba mucho.

En la qual contestura se mantuvo sin arugarsele el rostro ni encorbarsele el cuerpo con grande agilidad y espedicion en sus pasos y demas adciones naturales hasta que fallecio, que fue quando contaba 70 años, nueve meses y dies dias de edad y 55 años, 5 meses y 7 dias de Religion.

CAPITVLO DECIMOSEPTIMO [XXIII]

En que se trata del nacimiento y ynfa[n]cia, yngreso en la Religio[n] y progresos en ella, mientras vivia en el Santo Conbento de Victoria nuestra Muy Reverenda Madre Theresa Brigida de Jesus primera fundadora y Abbadesa de este Conbento

Aun [n]o avia esta Comunidad enjugado las lagrimas, que vertia a fuerza del dolor de verse privada del magisterio y direcion de su tercera fundadora, la Muy Reverenda Madre Maria Catharina de la Concepcion, quando con mayor golpe la hirio (en lo mas sencible) aquel Señor que, gloriandose de ver padecer (con pacienzia) a sus escogidos, les remunera la toleranzia de unos trabajos con embiarles otros mayores para aumentarles el merito y la Corona, cuyo conocimiento solo puede servirnos de consuelo en el fallecimiento de nuestra Muy

Reverenda Madre Abbadesa y primera fundadora, Theresa Brigida Eduarda de Jesus, de quien tantas veces hemos echo honorifica mencion en el discurso de esta ystoria.

Como baza fundamental del Espiritual edificio de este Convento y primer moble (despues de Dios) de todos sus aumentos Espirituales y temporales, como beremos en la breve relacion de su larga y laboriosa vida, que pretendemos dejar en el archivo de este Convento para perpetuar nuestro agradecimiento en nuestras benideras con la notizia de el reconocimiento, que deven tener a quien, por plantar nuestra Religion en este nuebo mundo, no homitio trabajo, fatiga ni desbelo, hasta que con el vltimo haliento entrego su Alma (al que para tanta gloria suya y vien nuestro) la avia criado, dejandonos vivos los exemplos de sus grandes virtudes como adelante se dira.

Y en esta capitulo trataremos de su nacimiento, ynfanzia, yngreso en la Religion y de sus [p. 177] padres y Patria. Esta fue la ciudad de Victoria, como coscta del folio 69, en donde nazio el dia 13 de octubre de 1685. Sus padres fueron Don Joseph de Sarria y Paternina, Caballero del Horden de Santiago y su esposa Doña Mariana de Enarra Atodo y Ysasi,¹⁸⁵ hanbos enparentados con la mayor nobleza de las tres probinzias de Viscaya, Alaba y Guipusc[o]ja, y por consiguiente de muchos Señores Grandes de España, Cosejeros, Capitanes, Generales, titulos y mayorasgos, y aun de Santos Canonisados como San Ygnasio de Loyola y San Francisco Xavier y de ynumerable[s] Siervas de Dios, que han floresido en barias Religiones, especialmente en la nuestra, que si huvieramos de referir sus nombres y virtudes no cupieran en tan corto bolumen, porque son bastantes a llenar muchos.

Y solo haremos un breve yncinuacion de la mas ymmediata a nuestra Madre Abbadesa, por aver sido hermana de su abuelo paterno y haver pronosticado lo que su Reverenda avia de honrrar su Casa y nuestra Religion. Esta fue la Reverenda Madre Francisca, que en el siglo se llamo Doña Francisca de Sarria. Y hignoramos el sobrenombre que se puso, quando thomo el Santo Habito en nuestra Sagrada Religion, que fue en el Convento de la ciudad de Victoria, en donde asta oy se conserva fresca la memoria de sus grandes virtudes. Y especialmente de una admirable pacienzia y resignacion con que tolero por muchos años una enfermedad, de las que no estan sugetas a las reglas de la medicina por ser hordenadas de la Divina Probidenzia para exercicio y merecimiento del pacien[te]. Y asi lo conocia la Madre Francisca. Pues con ser tales su[s] dolores que dejo el hueso del espinaso en la

¹⁸⁵ En el capítulo siete de la crónica se llaman los padres don Joseph de Sarria Paternina y Liques y doña Maria Ana Thomasa de Ynarra y Atodo, *cf.* Sifvert (1992: 81, 82).

cama, estaba tan lejos de dar la menor muestr[r]a de sentimiento, que a todas horas la allaban con una boca de risa, cuya alegría mantuvo hasta la muerte.

Al principio de esta penosa enfermedad hizieron sus deudos junta de los Medicos mas peritos trayendolos hasta de la Corte. Y habiendo sido todos de parecer de que sanaria thomando los baños de Arnedillo, aprestaron sus parientes todas las cosas necezarias para llevarla a ellos. Y sacando licencia del Obispo dieron la notizia a la Madre Francisca, la qual respondió (muy sentida de que huvieran yntentado tal cosa) que queria morirse antes [p. 178] que salir de su Clausura, digna respuesta de una Religiosa que por lo que trae de ençeñanza, no hemos querido pasarla en cilenzio.

Estando pues su Reverenda en el Ministerio del torno nazio nuestra Madre Abbadesa, al tiempo que sus padres hanelaban a que fuera baron, por haverles nacido antes otras tres hijas, con que se deja entender el desconsuelo con que resivieron la quarta. No ostante fue el Escudero a dar notizia a la Madre Francisca del feliz alumbramiento de su Señora. Y como no desia lo que havia nacido se lo pregunto su Reverenda, a que respondió con un suspiro diciendo: “Eso es lo malo, Madre, que ha nasido una niña”.

Entonzes la Madre Francisca con tono de enfado (bien estraño ¹⁸⁶ de su mansedumbre y alegría) le replico: “Eso se me a de desir a mi, baya que esa niña ha de ser la honrra de todo el linaje. Digales a sus padres que la crien con cuidado.”

Y aunque no la diferenciaron de su[s] hermanas en la educacion, fue esta en todas correspondiente a su nobleza y circustancias. Las de nuestra Madre Abbadesa eran tan abentajadas, porque la doto Dios de una rara capacidad, grande memoria y agudesa de yngenio. Con que sin trabajo aprendio la gramatica, ha escribir y contar con perfeccion y las demas habilidades correspondientes ha una Señora de su calidad, que adornadas del numen poetico con que hazia elegantes versos y de una discreta afabilidad la hizieron acre[e]dora de todo el cariño de sus padres y deudos, esmerandose en hamarla con mas particularidad su padre, quien con discreta ponderacion repetia muchas veses: “Que lastima que esta no sea Eduardo, que fuera un grande hombre,” repuntando por desgrazia la que para nuestra Religion fue fortuna. Porque no siendo Eduardo fue en ella una grande muger, como se vera en desenbarazandonos de su niñes, en la que dio no pocas muestras de la tierna devocion que tuvo desde la cuna al nacimiento y ynfanzia de nuestro Soberano Redentor.

¹⁸⁶ Ms. *estrano*.

Por eso quando apenas contaba seis años de edad queriendole cortar el pelo porque adolecia de unas (mortales) biruelas. Y defendiendolo su Reverenda con muchas lagrimas, porque lo tenia muy agraciado. Se balieron de la Beata de nuestro Conbento para que suponiendo un recado de la Madre Abbadesa le significara de su parte, que necesitava del pelo para hazerle [p. 179] una cabellera al Niño Jesus, a que respondió pronta nuestra niña: “Para el Niño Jesus, si, que me corten luego, espere vsted la llebara.”

Con tal generosidad pago al Divino Niño las primacias del encendido amor, con que le sirvio hasta el vltimo haliento de su vida, acion que le premio su Magestad, no solo con conserbarle la vida del pestilencial contagio, que en aquella ocacion la quito a muchos, sino que le restitullo milagrosamente la vista, que, al parecer del Medico y demas personas que la asistian, havia perdido. Porque le cargaron tantas biruelas en los ojos, que en muchos dias no pudieron conseguir que los abriera por mas medicamentos que le aplicaron, hasta que, acudiendo sus padres a los Divinos con repetidas ofrendas y promesas, los abrio de ynproviso tan claros y hermos[os], como si no huviera padesimo ningun mal atribullendolo todos ha ebidente milagro.

No fue menor el que obro la Divina Probidenzia (4 años despues) para conserbarle la vida en ebidente riesgo de perderla. Porque estando su Reverenda jugando a las matatenas con otra niña de su edad, al tiempo que ynclino la cabeza para echarlas, le disparo una pistola un deudo suyo (de pocos años y menos cordura), con que no adbirtiendo en lo que hazia, pasaron las balas por encima de la espalda de nuestra Madre con tanta ynmediacion, que sintio en ella el fuego de los tacos y polvor , de manera que callo en tierra sin sentido. Y crellendo su madre que estaba herida de muerte, al registrarla la allo sin ninguna lexion.

Este pasaje referia su Reverenda muchas veses ponderando la Probidenzia del Señor en hordenar que bajara por casualidad la cabeza al tiempo, que ha no haverlo echo asi se la huvieran traspasado las balas.

Ya en este tiempo la havia llamado su Divina Magestad con particular y sencible mocion, para que le sirviese en nuestra Religion, a lo que se puede ynferir de lo que oymos a su Reverenda en diversas¹⁸⁷ ocasiones.

Dijonos en una, que quando le dio la gana de entrar Monja, le sobrevino tal copia de lagrimas que no habiendo podido reprimirlas, havian puesto en cuidado a sus padres y a toda la familia, que, pensando que le havia asaltado algun dolor o otro ynfortunio, no sesaban

¹⁸⁷ Ms. *deversas*.

de ynportunarla, para que les declarase la causa de su llanto. Y que su Reverenda (con ser tan [p. 180] pequeñita[]) havia tenido adbertenzia para encubriarla, aunque le hizieron grandes ystanzias para que la manifestara teniendola oculta mucho tiempo en el secreto de su pecho, fiandose solamente a una de sus hermanas, que por amarla mas que a las otras, se manifestaban mutuamente los corazones.

De lo dicho se colige lo particular de su vocacion y de que fue en la edad de siete o ocho años, de lo que aora diremos.

Tenia su Reverenda 11, quando baco una plaza en nuestro Convento de la ciudad de Victoria. Y nos contava, que havia echo repetidas ystanzias (con muchas lagrimas) a su padre, para que fuera a pedir que la admitiesen. Y que no lo avia querido hazer dando por razon el que era muy pequeña, de que tuvo su Reverenda no poco sentimiento, manifestandolo en repetidas queexas, de que haviendo tanto tiempo que se lo rogava, no havia querido darle gusto, de donde se deduse que aviendo rogado mucho tiempo y calladolo no poco, nesariamente emos de confesar, que la llamo el Señor tres o quatro años antes de que llagara a los 11.

Logro por fin el cumplimiento de sus deseos el mismo dia que cumplio los 14, que fue a los 13 de octubre de 1699 años. Y desde luego gano las boluntades de todas las Religiosas, asi por el fervor con que se aplico a seguir la sequela de la Comunidad, como por sus raros thalentos y habilidades con que mostro desde luego lo vtil que le havia de ser de todos modos:

Era muy primorosa en todo genero de labor de manos, que hazia con mucha curiosidad y prestesa, con que le quedava tiempo para manejar el pincel. Y en los tres años que estuvo en el Nobiciado aprendio de una Religiosa (que tenia esta habilidad) a pintar perfectamente, con lo que sirvio no poco a la Religion.¹⁸⁸ Porque a mas de que asia todos los dibujos para los bordados, hizo algunos quadros de muy devotas y agraciadas pinturas de barios Santos. Y retoco todos los que por antiguos estaban maltratados.

Echa su Profecion a 16 de octubre del año de 1701 comensaron las Preladas a ocuparla en los Oficios de mayor confianza sin dejarle un trinio de descanso. Porque los [p. 181] sirvio todos con el desenpeño y obcerbanzia correspondiente a sus raros thalentos y grandes virtu-

¹⁸⁸ Esta información sobre la habilidad de la madre abadesa de saber pintar, nos hace creer que fue ella quien pintaba, en la segunda hoja de la crónica, el escudo de la orden brigidina, con una corona en la parte de encima y sus cuatro cuarteles de colores plata, oro, azul y rojo, con la inscripción siguiente: HAEC SUNT ARMA MILITIAE ET RELIGIONI⁹ NOSTRAE, en tinta roja. Cf. la reproducción en la tapa anterior de la tesis de doctorado de Sifvert (1992).

des, de que trataremos en el capi[tu]lo siguiente, ynsinuando en este como por ellas se hizo acre[er]edora ha obtener la carga de la Prelacia.

Siendo elegida por Abbadesa a los 44 años de su edad, en cuyo empleo brillaron mas los quilates de su prudenzia, balor y discrecion, con que acabo un pleito, que tenia el Conbento de Santa Clara de la misma ciudad de Victoria con el nuestro, que aunque la causa que mobio el litigio era de poca monta, no lo eran los gastos y desazones.

Porque despues de haver handado por los tribunales de España en 4 años que duro, se apelo a Roma. Y fue el Confesor mayor a seguirlo ha espensas del Conbento, que siendo las facultades de este tan cortas se deja ynferir la estreches que padeceria[n] las Religiosas, quienes allaron su remedio en el asierto de su elecion. Porque nuestra Madre aplico desde luego (con la mayor eficacia) toda su actividad y vivesa para finalizar litigio tan perjudicial, escribiendo de su propio puño muchas cartas al Secretario de la Curia y al Cardenal protector, con lo que consiguio que dichos Señores se ynterezaran en que se concluyera con una conpocicion desente y decora, a pesar del dicho Confesor que despues de haver promovido lo mantenía por sus fines particulares.

Y biendo acabado se declaro, escribiendo a nuestra Madre Abbadesa, que el tenia puestas varias pretenciones en la Curia, y que para conseguirlas necesitava de detenerse en Roma, a lo menos otro año, en cuyo tiempo le avia de hazer todos los gastos el Conbento, como se los avia echo todo el tiempo que duro el pleito. A esta propocicion le respondio su Reverenda (con generosa resolucion), que no havia razon para que el Conbento le costeara sus pretenciones. Y que asi tuviera entendido, que si no se benia luego desde aquel dia, no le corria la renta que gosaba como Confesor, y que se traeria otro en su lugar. De que resulto [p. 182] que no creyendo dicho Señor Confesor el que su Reverenda executaralo que de dia, le respondio con mucho enfado y desabrimiento que hiziera lo que quisiera, que el no podia salir de Roma.

Pero luego que su Reverenda resivio esta carta la presento al Señor Obispo de Calaorra, pidiendole que diera por baco el Confesonario y aprobara para su Ministerio al sugeto que su Reverenda le presentava.

Todo lo consedio su Yllustrisima. Y con esto quedo el Conbento libre de la bejacion de tantos gastos y disgustos, cuyo benefisio devio al balor y cosctanzia con que nuestra Madre resistio la buel¹⁸⁹ del referido Confesor, quien, por faltarle las facultades para mantenerse en Roma, dio la buelta ha España. Y procuro con enpeños bolver a la

¹⁸⁹ Puede ser *huelga* del verbo *holgar*. Cessar en el trabájo, suspender la labór, o no tener que hacer (*Diccionario de Autoridades*).

buena conbenienzia que havia tenido en el Conbento. Pero su Reverenda atendio mas al vien de este que a los respectos humanos.

Con esto acabo su trinio sin dejar deudas que pagar a su subcesora. Y a los seis años fue elegida para primera fundadora de este Conbento, teniendo su Reverenda de edad 54 [años] menos 5 meses, prueba de su grande virtud y raras circustanzia[s] pues le fio la Religion una empresa tan ardua y de tanta¹⁹⁰ Gloria de Dios, en que avia tan ynsuperables dificultades, que ha hombre[s] menos robustos huvieran derrocado como beremos adelante.

CAPITVLO DECIMOCTAVO [XXIV]

En que se prosiguen los sucesos de la vida de nuestra Muy Reverenda Madre Abbadesa y primera fundadora y se da una vreve notizia de sus virtudes

Haviendo nuestra Muy Reverenda Madre Theresa Brigida Eduarda de Jesus servido al Conbento de Victoria con el esmero que emos visto por espasio de 40 años y los dos vltimos trineos en los Oficios de Sachristana y Tornera mayor dejandolo edificado con sus buenos exemplos y grandes virtudes. Salio del el dia 18 de mayo de 1739 años, acaudillando la humilde y Religiosa esquadra de sus compañeras lleban en sus manos (por divisa y ynsignia de su Apostolico Magisterio) una hermosa y devota efigie del Niño Jesus, que fue su unico alivio en las fatigas del camino y el yris que cerenaba las tempestades de las contradiciones y amarguras, [p. 183] que le sobrevenia[n] a cada paso.

Y porque esta Sagrada ymagen fue el yman de su corazon y sentro de sus obsequios, hasta que con el vltimo aliento entrego su espirito (como piadosamente cre[e]mos) en manos de su original, no sera digreccion dar aqui una breve noticia de ella.

Trajola al Conbento de Victoria con otras alajas una Señora viuda y muy ilustre, que dejando sus grandes mayorasgos se ofresio al Señor con todo lo libre en nuestra Religion, siendo en ella exemplar de todas las virtudes sin admitir exencion en la obcervanzia regular. Y solo la tuvo en no dejar de cuidar del aseo de este Divino Niño, a quien llamaba su Peregrinito por tener las yncignias de tal y averse lo traydo de Italia un Soldado, que era su deudo.

Y podemos congeturar que fue alla de la China. Porque su materia es de marfil dada ensima la encarnacion con tal primor, que solo en la peana que esta sin ella se le conose la materia de que fue formada.

¹⁹⁰ Las últimas letras *ta* en *tañta* sobrepuestas.